

querer que el destino humano tenga un objeto, y que el niño que muere antes de haber tenido conciencia de sí mismo no pueda acusar á una ciega fatalidad de su nacimiento ni de su muerte? Rechacemos con todas nuestras fuerzas el egoísmo cristiano; pero no confundamos en la misma reprobación el egoísmo y las más legítimas aspiraciones de nuestro sér.

Con el dogma de la vida futura sucede lo que con todas las creencias cristianas: deben transformarse, y, en efecto, se transforman á nuestra vista, en nosotros y por nosotros. En la Epístola de San Pablo á los Corintios se lee: "Si los muertos no resucitan, ¿por qué nos exponemos á tantos peligros? Si combatí en Efeso contra las bestias feroces, ¿qué provecho hubiera tenido, sin la esperanza de una vida futura? Si no hay resurrección, entonces comamos y bebamos, porque mañana moriremos." Hé ahí la religión del interés, formulada abiertamente por el más grande de los apóstoles. Apresurémonos á añadir que el hombre valía más que su doctrina. San Pablo era una de esas naturalezas privilegiadas que no encuentran su satisfacción en comer y beber, que necesitan sacrificarse por una grande idea, y que encuentran su recompensa en ese mismo sacrificio. De cualquier modo, las palabras de San Pablo tuvieron un eco inmenso, y el atractivo de las recompensas llegó á ser el móvil banal de la gran mayoría de los fieles. ¿Quiere esto decir que no pueda haber creencia en la inmortalidad sin esa vil especulación? De ningún modo, puesto que el móvil ha cambiado ya de naturaleza. ¿Quién piensa ya en la resurrección? Los creyentes mismos esperan ser juzgados al salir de esta vida; es menester dar un paso más y descartar de todo cálculo el dogma de la vida futura.

Escuchemos sobre este punto á un libre pensador, cuya opinión nos complacemos en oponer á la de los protestantes suizos. Strauss rechaza con menosprecio la idea de una vida futura que no tenga más objeto que castigarnos por el mal que hemos hecho ó recompensarnos por nuestras buenas acciones. Y no porque niegue la pena ó la recompensa. Hace poco hablamos de San Pablo: ¿quién era más dichoso, el apóstol entregado á las fieras, ó Neron, el emperador del mundo? Sólo un alma de cieno podría preferir la suerte del déspota, que se revolcaba en el fango de todos los goces, á la del apóstol, que vivía y moría por su creencia. ¿Qué

más bella recompensa pudo esperar San Pablo que la de luchar y sufrir por sus convicciones? ¿Se dirá que hay crímenes que quedan impunes en este mundo? Verdad es que no siempre la justicia humana alcanza al culpable; pero también lo es que hay una justicia á la cual no puede escapar, y es la justicia de Dios. La que se encarga de pronunciar el fallo es la conciencia misma del criminal, y son las torturas del remordimiento las que le sirven de verdugo (1). ¿Qué valen la prisión ni el cadalso en comparación de uno de esos momentos que, como dice Byron, concentran los sufrimientos de la eternidad? ¿Se negarán los remordimientos? Esto sería el más cruel de los castigos, porque el remordimiento expía el mal y es un primer paso hácia el bien. Si el criminal no tuviera remordimientos incurriría en una verdadera caída, la cual le seguiría en la vida futura. En este sentido, la justicia es eterna, no conoce los límites de la muerte, así como tampoco necesita que llegue la muerte para ejercer su acción.

¿Qué es la vida futura si no consiste en penas ni en recompensas? Es la continuación de la vida presente, un desarrollo de nuestras facultades bajo la ley del progreso. En cierto sentido, esa vida será una expiación, y, por consiguiente, un castigo. Si el hombre se aparta del camino del bien en la vida presente; si no vuelve á ese camino, llamado por la voz de la conciencia, que es la voz de Dios inmanente en nosotros, habrá preparado él mismo el destino que le espera á su muerte. Continuará cayendo hasta que Dios consiga levantarle de su caída. ¿Por qué medios se operará esa conversión? Puesto que la vida futura no difiere en esencia de la vida presente, preciso es responder que la pena interior y los castigos que la justicia humana impone servirán para corregir al culpable. En cuanto á aquellos que hayan escuchado la voz de Dios, que habla en los corazones, su destino será muy diferente: los esfuerzos que hayan hecho les facilitarán los nuevos esfuerzos que habrán de hacer; la felicidad que los espera es el cumplimiento de su destino. Hé ahí cuál será su recompensa (2).

No siempre se ha pronunciado Strauss de una manera tan explícita sobre la inmortalidad, y nos

(1) STRAUSS, *Zwei friedliche Blätter*, p. 62-66.

(2) STRAUSS, *Zwei friedliche Blätter*, p. 63-69.

sería fácil ponerle en contradicción consigo mismo, citando numerosos pasajes de sus escritos en los cuales niega la inmortalidad individual. No por eso es ménos considerable su testimonio, y pudiéramos decir que lo es tanto más cuanto que viene de un libre pensador y de un espíritu que duda. Si los filósofos que proceden de la escuela de Hegel renuncian á los errores que difundió el panteísmo, de esperar es que los protestantes liberales abjuren también de ellos. Comprobemos que las doctrinas de los reformadores suizos permanecen aisladas; que ni en la misma Suiza forman la opinión general; que en Holanda se las rechaza, y que en Francia no encuentran ningún apoyo. Los reformadores franceses protestan de su adhesión á la fe de la inmortalidad individual. Nos limitaremos á citar el testimonio de Pécaut, el cual figura entre los centinelas avanzados del cristianismo liberal. "En el primer rango y sobre todas las creencias, dice, yo coloco la fe en la persona humana, indestructible, perpetua." Pécaut confiesa que esta fe no es susceptible de ninguna demostración dialéctica, como no lo es la fe en Dios; ella resulta de la vista inmediata de la realidad y se confunde con la vista perspicua y directa del *yo* humano. "Quien ha vivido vivirá. Aquel que una vez se ha sentido vivir, ha sentido al mismo tiempo el derecho de vivir aún, de una manera tan elevada y activa, por lo ménos, como la manera actual." Sin embargo, hay hombres que dudan, que niegan, y que se contentan con la inmortalidad de la especie humana. Pécaut rechaza vivamente esa idea: "Cambiar una existencia personal, por miserable y desfalleciente que ella sea, por una existencia colectiva, es lo mismo que cambiar la realidad por la sombra, la vida por la muerte. Yo protesto, y no lo hago en nombre de una preocupación, ni de un goce, ni de una utilidad cualquiera, sino en nombre de lo que hay en mí de más real y de más tenaz, en nombre de mi personalidad irreductible é imperecedera. Si la persona debe morir, si para ella no hay mañana una existencia propia, creed firmemente que ha dejado de tenerla desde hoy, porque, como persona, queda condenada á la impotencia. Entonces no me pidais que me sacrifique por la cultura de esa persona, sea mi propia persona ó sea la de los otros, porque ya no vale la pena de que se la perfeccione. Es evidente que si no soy una persona, si debo morir mañana, lo mismo da que

muera hoy. Lo único que me queda que hacer es trabajar por mi bienestar presente," (1).

Aplaudimos esa ferviente reivindicación de la personalidad humana; pero no nos basta. ¿Por qué hay hombres que niegan la inmortalidad individual? Porque la forma que esa creencia ha tomado en el cristianismo le ha hecho perder toda autoridad; porque les es imposible creer en el paraíso ni en el infierno. La vaga creencia del protestantismo tampoco les satisface. Preguntan lo que será la vida futura, y los protestantes responden que lo ignoran. Cierto es que sobre este punto no puede hacerse una demostración. Pero tampoco se demuestra á Dios, tampoco se demuestran sus atributos, y esto no impide que los reformadores digan que la concepción de Dios debe modificarse. Pues si creen en un Dios inmanente, aunque no puedan demostrarlo, ¿por qué no tratan de precisar la creencia de una vida futura? ¿Quién nos ha revelado la creencia en Dios y en el alma? Dios mismo. Pues si él nos revela la inmanencia, ¿por qué no habrá de revelarnos la fe en una existencia progresiva?

III.

Esa fe es la nuestra. Según nuestros adversarios católicos, somos tres, ni más ni ménos, los que creemos en lo que ellos llaman la metempsicosis: Leroux, Reynaud y el autor de estos *Estudios* (2). ¿Es ignorancia ó táctica? Nos inclinamos á creer que es ignorancia más bien que mala fe. Recojamos algunos testimonios. Si quisiéramos podríamos llenar un volumen; pero nos bastará demostrar que la creencia en una vida progresiva tiene raíces en la más remota antigüedad, y que tiende á ocupar en la conciencia moderna el lugar que ocupaba el bárbaro dogma del infierno. Nada diremos de la religión de la India ni de la filosofía de Pitágoras; la primera está viciada por el panteísmo, y la segunda no es la nuestra, puesto que no admitimos la trasmigración de las almas, sino una vida individual y progresiva. El verdadero origen de nuestra creencia está en el cristianismo.

Hemos citado la opinión de Orígenes sobre la

(1) PÉCAUT, en *le Disciple de Jésus-Christ*, 1867, janvier, páginas 34-36.

(2) DECHAMPS, *le Christ et les Antechrists dans les Écritures, l'Histoire et la Conscience*, p. 584.

salvacion universal. En la doctrina del Padre griego, la vida es una educacion providencial que levanta al hombre de su caida y le acerca á Dios. Si Dios nos castiga, es porque toda falta merece un castigo; pero en los designios de su bondad, toda pena es al mismo tiempo una expiacion: ella borra el pecado, corrige á los culpables y prepara su reconciliacion con el Creador. Esta concepcion cambia la naturaleza de las penas y de las recompensas. Ya no se trata de felicidad ni de desgracia; la pena ó la recompensa consisten en las disposiciones innatas que traemos al nacer, disposiciones que nos excitan al bien ó al mal. Somos nosotros mismos quienes nos hemos creado esas disposiciones; somos tambien nosotros mismos quienes preparamos nuestra existencia futura, lo cual será una continuacion de nuestra existencia presente. Nuestra entrada en este mundo está determinada por nuestra vida anterior, y las condiciones de nuestra vida futura dependerán del uso que en esta hagamos de nuestro libre albedrío. De ahí resulta que nuestro trabajo de perfeccionamiento no es estéril: lo que hemos ganado en virtud nos quedará á cuenta, y del empleo que hagamos de nuestras facultades dependen las condiciones de nuestras existencias futuras (1).

La doctrina de Orígenes es la nuestra: ella gana terreno todos los días sobre el dogma, tan bárbaro como absurdo, del infierno y del paraíso. Pero esa doctrina está viciada por un error capital, el de la caida. Nosotros no creemos que el hombre nazca culpable de un pecado cometido por Adán y Eva. La humanidad se forma una idea más consoladora acerca de su destino: parte del estado de imperfeccion para aproximarse progresivamente á Dios. ¿Terminará el progreso en la union con Dios? Tambien sobre esto se equivocó Orígenes, puesto que enseña que el hombre llegará á la perfeccion, pero que, siendo libre, estará expuesto á nuevas caidas; que, degradado de su existencia celeste, empezará una nueva vida, en la cual no tendrán ninguna influencia sobre su rango en el orden moral los méritos ni los deméritos de su vida primera. En resumen, las criaturas se agitan en un círculo vicioso de caidas. Es el defecto de toda concepcion que admite una felicidad completa en el cielo, defecto que nace de la ignorancia en que se hallaban los

cristianos respecto al progreso, del cual no tenían la menor nocion. Esa doctrina conduce á una vida progresiva, infinita, sin caidas, avanzando siempre y siempre en el camino que Dios le ha trazado.

El que arrojó los primeros fundamentos de la doctrina que se abre paso para llegar á ser la religion de la humanidad fué un ilustre filósofo del siglo XVIII: esa doctrina es ya la fe de todos los que piensan. Empecemos por oponer á las dudas, á las incertidumbres de algunos pensadores modernos, la firme confianza de Leibnitz en la inmortalidad del alma. En 1706 escribía á Burnet: "No estoy de acuerdo con que la inmortalidad sea únicamente probable para la ley natural; yo creo como cosa cierta que el alma no puede extinguirse sino por un milagro," (1). Y el gran filósofo añade: "Todo sér es inmortal por su naturaleza. Nada perece ni nada empieza á ser. La muerte, lo mismo que el nacimiento, no es más que una transformacion. En realidad, no hay muerte; no hay sino un progreso perpetuo y espontáneo del mundo entero hácia ese colmo de belleza y de perfeccion universal de que son capaces las obras de Dios, de modo que el mundo marcha á una condicion siempre mejor," (2).

No hay muerte, no hay nacimiento, sino transformacion, bajo la ley del progreso: hé ahí en dos palabras la doctrina de la vida progresiva. Á los católicos les gusta mofarse de ella, calificándola de metempsicosis: ¡singular progreso, dicen, el que nos hace retroceder á las fábulas de los Indos y á los errores de Pitágoras! Leibnitz responde anticipadamente á esas argucias de mala ley. Él enseña la eternidad de todo sér vivo, del sér entero, alma y cuerpo: "No sólo las almas, dice, sino tambien los animales, alma y cuerpo, son ingenerables é imperecederos; no nacen ni mueren, no están sino desenvueltos ó envueltos, revestidos de una forma nueva, de la cual se despojan despues, transformándose siempre." Segun la opinion de Leibnitz, las almas no abandonan jamas todo su cuerpo, y no pasan jamas á un cuerpo que no sea enteramente nuevo (3). No hay, pues, *trasmigracion* por la cual salga el alma de un cuerpo para entrar en

(1) LEIBNIZ Opera, edicion Dutens, t. vi, p. 274.

(2) LEIBNIZ Opera philosophica, edicion Erdmann, p. 150.

(3) LEIBNIZ Principia philosophiae, núms. 76-80 (Opera, edicion Dutens, t. ii, p. 29).

(1) Véase mi Estudio sobre el cristianismo.

otro. "Aun en la muerte, el alma guarda siempre un cuerpo organizado, parte del precedente, aunque lo que ella guarde esté siempre sujeto á disiparse insensiblemente y á repararse y aún á sufrir en cierto tiempo un gran cambio. De modo que en lugar de una *trasmigracion* del alma, lo que hay es *transformacion*, envolvimiento y desenvolvimiento, y, por último, fluxion del cuerpo de esa alma," (1).

Así pues, vida sucesiva y progresiva. Leibnitz considera la vida de cada criatura como una sucesion de estados, todos unidos entre sí, esto es, como una cadena en la cual la existencia presente, á un momento dado, figura como un eslabon distinto, pero unido, sin embargo, á toda la cadena. "Á mi juicio, dice, la naturaleza de la sustancia creada es cambiar continuamente, siguiendo cierto orden que la conduce de una manera espontánea, si se nos permite la frase, á todos los estados que le sucederán; de tal modo que Aquel que lo ve todo ve en su estado presente todos sus estados pretéritos y futuros," (2). Leibnitz no se explica claramente sobre esos estados futuros; pero es indudable que, en su opinion, el alma y el cuerpo están destinados á pasar, despues de esta vida, por nuevas evoluciones. Tambien abunda el filósofo en las hipótesis de Reynaud relativas á la mansion futura de las almas. Despues de haber hablado de la escasa importancia de nuestro planeta en comparacion del universo, añade: "Como no hay ninguna razon para creer que haya estrellas en todo el espacio, ¿no cabe en lo posible que exista un gran espacio vacío más allá de la region de las estrellas? Que sea ó deje de ser el cielo empireo, ese inmenso espacio que rodea la inmensa region de los astros puede concebirse con el océano al cual irán á parar todas las criaturas bienaventuradas, despues que hayan llegado á su estado de perfeccion en el sistema de las estrellas," (3).

Tómense como se quiera esas hipótesis, lo cierto es que en toda la filosofía de Leibnitz domina el principio de la evolucion progresiva de los seres bajo la ley de la continuidad, resultando que la existencia futura del hombre es, en esencia, idéntica á su existencia presente. "El estado futuro del alma, dice, no será un estado de inmovilidad, de

contemplacion ociosa y estéril. ¿Cómo podría el alma perder su esencia, que es la actividad, ni su ley, que es el progreso? Nuestra felicidad no consistirá nunca en una plenitud de goces que nada nos dejará que desear, cosa que haría que nuestra existencia fuese estúpida; consistirá en un progreso perpetuo, en nuevos placeres y en nuevas perfecciones," (1). Si tal es nuestro destino futuro, ¿no habrá sucedido lo mismo en nuestra vida pasada? Sobre este punto Leibnitz es más circunspecto que sobre la vida futura, porque tropezaba con preocupaciones cristianas, y, en su deseo manifiesto de permanecer en buenos términos con la Iglesia, no queria arriesgarse á que le tildáran de hereje. Sin embargo, aunque nada se atreve á asegurar sobre la preexistencia, es indudable que la admite, segun se infiere de esta frase escrita por él y dirigida á un amigo: "El hombre ántes de nacer y despues de su muerte no difiere en esencia del hombre en su forma actual; no hay sino mayor ó menor diferencia de perfeccion," (2). Leibnitz no cree que las almas hayan sido creadas al nacer. Dios no añade nunca ni quita nada á la creacion. El alma de cada hombre ha preexistido siempre y en todo tiempo en germen (3).

¿Cuál ha sido esa existencia anterior? Si la vida futura es una vida activa, porque el alma es una fuerza, el alma, desde que existe, ha debido vivir de esa vida activa, porque una fuerza no puede existir sin accion. Leibnitz no lo dice, pero lo admite implícitamente cuando afirma que hay en el hombre *reminiscencia* y *presentimiento*. "Yo no estoy por la tabla rasa de Aristóteles; hay algo de sólido en lo que Platon llamaba *reminiscencia*. Y hay algo más, porque no sólo tenemos una *reminiscencia* de todos nuestros pensamientos pasados, sino tambien un *presentimiento* de todas nuestras ideas. Verdad es que es confusamente, sin distincion, y que es algo semejante á lo que sucede cuando yo oigo el ruido del mar: entonces escucho el de todas las olas en particular, olas que juntas forman el ruido total, aunque sin discernir una ola de otra," (4). Luego, segun Leibnitz, ese sér que nace y que llamamos niño ha vivido ya, ha tenido una

(1) LEIBNIZ Opera, edicion Dutens, p. 39.

(2) LEIBNIZ Epistola xxx (Epistolae ad diversos, ed. Kortholt, tomo i, p. 200).

(3) BOULLIER, Histoire de la philosophie cartésienne, t. ii, página 432.

(4) LEIBNIZ, Réflexion sur l'Essay de Locke.

(1) LEIBNIZ, Nouveaux essais sur l'entendement humain, libro II (t. i, p. 168).

(2) LEIBNIZ, Lettre sur l'union de l'âme et du corps.

(3) LEIBNIZ, Essais de théodicée.—BOULLIER, Histoire de la philosophie cartésienne, t. ii, p. 432 y siguientes.

existencia anterior, así como tendrá una posterior á la vida presente; luego es un sér que no sólo es actual, sino que presente y recuerda, es un sér eterno (1).

¡Vanias imaginaciones! dirán los defensores del cristianismo. Para que haya continuidad é inmortalidad es indispensable el recuerdo completo del pasado. ¡Sin él, esa vaga reminiscencia es una quimera, lo mismo que la preexistencia del alma! Leibnitz va á responder por nosotros: él también opina que una inmortalidad sin recuerdo es una inmortalidad sin moralidad (2). Pero si el recuerdo que ahora tenemos de nuestro estado anterior es vago é imperfecto, ¿quién nos asegura que no llegará un día en que sea claro y preciso? Leibnitz dice, y esto nos parece incontestable, que el alma guarda siempre en su naturaleza las huellas de todos sus estados precedentes con un *recuerdo virtual* que puede ser excitado, puesto que el alma tiene conciencia (3). "Confieso, añade este profundo pensador, que despues de la muerte no recordaremos en un principio lo que hemos sido. Sin embargo, creo que lo que una vez le ha sucedido á un alma le queda eternamente impreso, aunque no siempre nos vuelva á la memoria, así como sabemos muchas cosas de las cuales no siempre nos acordamos, á ménos que algun incidente no nos dé ocasion de pensar en ellas. Porque ¿quién puede acordarse de todas las cosas? Pero como nada se hace en vano en la naturaleza, ni nada se pierde, sino que todo tiende á su perfeccion, de igual manera cada imágen que nuestra alma recibe llegará al fin á formar un todo con las cosas futuras, de manera que podremos verlo todo como en un espejo," (4).

IV.

El siglo XVIII tuvo por religion el dogma del progreso; pero como lo que más le interesaba era la perfectibilidad del hombre sobre la tierra, se curó muy poco de las cosas del otro mundo. Sin embargo, hubo un pensador, y de los más ilustres, que se preocupó del destino futuro del hombre. ¿Pe-

(1) LEROUX, de l'Humanité, t. I, p. 272-275.

(2) LEIBNITZ, Nouvelles lettres, p. 6 y siguientes.

(3) LEIBNITZ, Briefwechsel zwischen Leibnitz und Arnaud, página 49.

(4) Leibnitziana, núm. CLXXXI (Opera, ed. Dutens, t. VI, página 332).

rece el alma con el cuerpo? No, dice Turgot, nada de lo que existe se destruye. ¿Por qué singular privilegio sería el sér pensador el único que estuviera sujeto á la destruccion? Pero si vive, ¿qué llegará á ser? La sabiduría que reina en la economía del mundo nos induce á creer que este sér, susceptible de adquirir tantas ideas, de reflexionar sobre sus sentimientos, en una palabra, de perfeccionarse, no puede perder el fruto de su trabajo. Despues de la muerte sufrirá modificaciones, cuya causa serán las que haya recibido en esta vida (1). Turgot se limita á esas ideas generales, que también son las de Leibnitz, ideas que, con el dogma del progreso, penetraron profundamente en las conciencias. Se acusa al siglo XVIII de ser materialista, y, en efecto, algunos escritores hacían gala de materialismo, lo que no les impedía predicar la abnegacion y el sacrificio ni practicar lo que predicaban.

¡Cosa notable! no es la filosofía incrédula la que domina en los espíritus del siglo último, sino el espiritualismo. Citemos un curioso ejemplo: un escritor mediano, Mercier, publicó una especie de utopia ó de profecía del porvenir, bajo el título de *El Año dos mil cuatrocientos cuarenta*. En este libro se lee: "Creemos que nuestra alma es distinta de la materia y que es inteligente por su naturaleza. El sistema que la engrandece es lo que para nosotros hay de más caro, y nos parece imposible que las ideas que honran á las criaturas dándoles un Dios puedan nunca ser falsas. Creemos también que todos los astros están habitados; que esos soles, esos mundos tan grandes, tan hermosos, tan diversos, son mansiones preparadas para el hombre. El alma humana sube á todos esos mundos como á una brillante escala que á cada nuevo paso lo aproxima más y más á la gran perfeccion. En ese viaje no pierde el recuerdo de lo que ha visto ni de lo que ha aprendido, y sube en proporcion de los conocimientos y de las virtudes adquiridas. ¿Qué llegan á ser las almas corrompidas que se envilecieron en el fango del crimen ó de la pereza? Vuelven al punto de partida, ó bien retroceden. Pero acabarán por enmendarse bajo la direccion de la mano que los castiga: ascenderán á los mundos superiores," (2).

Ya se ve que es esta doctrina la de Leibnitz

(1) CONDORCET, Vie de Turgot (Œuvres, t. V, p. 251 y siguientes).

(2) MERCIER, l'An deux mille deux cents quarante, p. 122-127.

reducida á pequeña moneda. Quizas Mercier no había leído una línea siquiera del filósofo alemán, sino que las ideas tienen mil caminos invisibles por donde penetran en la conciencia general. Salvo los ortodoxos, que se aferran con ciega obstinacion al pasado, todos los pensadores reproducen las opiniones de Leibnitz. Para hablar mejor, estas ideas no pertenecen á nadie en particular, son del dominio comun de la humanidad; es una nueva revelacion que viene á explicar y completar la revelacion cristiana. Á la cabeza de estos profetas del porvenir figura Lessing. Ya en otro lugar hemos juzgado su admirable opúsculo sobre la *Educacion del género humano* (1). La creencia en el progreso, en que se inspira Lessing, lo lleva lógicamente al dogma de una vida progresiva. Lo que le distingue de los escritores que le han precedido es que proclama abiertamente la preexistencia del alma: "¿Por qué, dice, no habría vivido ya el hombre sobre esta tierra ántes de nacer? Se burlan muchos de esta hipótesis. ¿Será porque es la más antigua? ¿La que el espíritu humano ha concebido en su primera espontaneidad, ántes de viciarse con los sofismas de la escuela? Vivimos; pues sólo por esto es ya seguro que hemos vivido y viviremos. Viviremos para seguir desarrollando nuestras facultades intelectuales y morales. ¿Ó somos acaso tan perfectos que nada nos quede ya que perfeccionar, ningun conocimiento que adquirir, ningun error que rectificar, caridad ninguna que ejercer? ¿Se dirá que estas existencias anteriores son un ensueño, porque no guardamos recuerdo alguno de ellas? Por nuestro bien es, responde Lessing, por lo que olvidamos. Si nos abrumara el peso de tantas existencias, tantos extravíos, tantas pasiones, ¿cómo podríamos trabajar en nuestro perfeccionamiento? ¿Quién nos dice, por lo demás, que lo que hemos olvidado por ahora, lo hemos olvidado para siempre? (2).

Hay más verdad en estas palabras de Lessing que en todos los sermones que se han predicado en el mundo sobre la vida eterna. No es más que una hipótesis, cierto; pero ¿es otra cosa el pecado original con su horrible corolario del infierno? Luego diremos cuál de las dos es la más probable. Lessing admite que el hombre ha preexistido sobre

esta tierra ántes de nacer, y que despues de su muerte renacerá sobre ella. Esto no toca ya á la esencia del dogma. La tierra no es el único globo habitable, ni los hombres los únicos seres dotados de inteligencia que Dios ha creado. No hay, pues, que aislar la tierra del resto de la creacion ni á los hombres de las demas criaturas. La creacion es una, y todos los seres forman una gran unidad; hay lazos entre nuestro globo y los innumerables que se mueven en la inmensidad de los cielos; así los hay también de parentesco entre nosotros y los que habitan los demas astros. Tenemos el mismo Padre que está en los cielos; Dios está en todos nosotros, immanente en todas sus criaturas, inspirándolas, guiándolas hácia un fin, que es igual para todas. Desde este punto de vista, desaparecen las distancias que separan los infinitos mundos que contemplamos en el espacio. El universo forma un solo cuerpo y los que lo pueblan una sola familia, cuyos miembros se encuentran en diversos grados de su desarrollo; se reunen, se separan para reunirse de nuevo, segun el grado de desarrollo intelectual ó moral que han alcanzado. Es decir, que hay una variedad infinita en nuestros destinos. No hay que confinar, pues, á los hombres en este mundo, como si estuviesen adheridos á él para siempre. Podemos venir de otra parte y podemos ir á otra diversa. ¿Qué importa despues de todo? Lo esencial es que conservemos la conciencia de nuestra personalidad y que nuestro destino dependa de nuestros propios esfuerzos.

Estas aspiraciones hácia lo infinito reaparecen en todos los grandes escritores de Alemania. Herder es á la vez poeta y teólogo, historiador y filósofo. Es cristiano además. Si pudiera resucitar, no comprendería las dudas que se suscitan en nuestros días sobre la permanencia de la personalidad humana. Por las facultades infinitas con que Dios le ha dotado, el hombre se eleva sobre todos los seres que conocemos, y, sin embargo, ninguno es tan imperfecto relativamente. Esta misma imperfeccion es una garantía cierta de su perfeccionamiento ulterior. Deberá desenvolverse en el porvenir los dones de la inteligencia y del alma, que apenas ha podido desplegar en la breve existencia que se le concede en esta tierra. ¿Cuál será el teatro de sus progresos? Alce los ojos hácia la bóveda celeste y verá allí moradas sin cuento que lo llaman. Es decir, que gozará de una variedad infi-

(1) Véase mi Estudio: la Filosofía del siglo XVIII.

(2) LESSING, die Erziehung des Menschengeschlechtes, § 94-99 (Werke, t. I, p. 329).